

# INSTANTÁNEAS



CUADRO DEL SR. PEDRO A. RESZKA M.

# GUÍA PROFESIONAL É INDUSTRIAL

DE

## "INSTANTÁNEAS"

<b>ABOGADOS</b>	DR. RICARDO LARENAS <i>Dentista</i> Graduado en Filadelfia. Moneda, 1154.
VICENTE ECHEVERRÍA <i>Abogado</i> San Ignacio, 174.	<b>VARIOS</b>
RAFAEL MOLINA ARZA Estudio: Delicias, 1039.	VIÑA SAN PEDRO <i>J. Gregorio Correa Albano</i> Depósito: Claras, 257. Teléfono Inglés 975. Nacional 318
<b>MÉDICOS CIRUJANOS</b>	JARDIN CENTRAL Especialidad en toda clase de trabajos en flores. Teléfono 1077, calle Alonso Ovalle, frente á la iglesia de San Ignacio.
DR. DAVID FRÍAS Delicias, 1354. Consultas: de 12 á 3 P. M.	M. RAMOS PROFESOR DE BANDURRIA Y GUITARRA <i>Clases á domicilio — Enseñanza garantida</i> Órdenes: casilla, correo 211.
<b>DENTISTAS</b>	
CONSULTORIO DENTAL del Dr. E. FERNÁNDEZ PRADA Morandé, 131. Consultas: de 9 á 11 y de 2 á 5	
FLORENCIO HERNÁNDEZ <i>Dentista</i> Teatinos, 32. Consultas: desde 1 P. M.	

## INSTANTÁNEAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

Cficina: Moneda, 1164. — Correo: Casilla 655

La correspondencia debe ser dirigida al DIRECTOR DE INSTANTÁNEAS. Los originales, se publiquen ó no, se destruyen.

Número suelto..... 10 centavos  
Número atrasado..... 20 „

Se admiten suscripciones sólo para fuera de Santiago á cinco pesos anuales, de 1.º de abril á 31 de marzo de cada año  
Se advierte á los comerciantes que exijan recibos impresos y timbrados á los agentes de avisos si pagan el valor adelantado

# INSTANTÁNEAS

Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidades

ES PROPIEDAD

Año 1

Santiago, 2 de Septiembre de 1900

Núm. 23

## INSTANTÁNEAS

La empresa de LUZ Y SOMBRA, deseando servir mejor á sus lectores, ha adquirido nuestra publicación, que continuará saliendo los domingos bajo el mismo nombre, pero con la dirección y personal de aquella empresa.



### La Escultora Chilena señorita Rebeca Matte Bello

Se ha hablado en la prensa con gran interés de los progresos y triunfos alcanzados en Europa por la distinguida señorita Rebeca Matte y Bello, hija del respetado hombre público don Augusto Matte.

El interés que ha despertado el talento de artista de la señorita Matte, nos ha impulsado á buscar dos reproducciones de sus trabajos y á ofrecerlas á nuestros lectores.

Ellas revelan á la simple ojeada el talento vigoroso de una mano perfectamente enseñada y de una fantasía varonil.

Las obras de la señorita Matte son un desmentido terminante para los que afirman que el talento de la mujer es algo efímero y delicado, incapaz de producir la obra de arte.

Los triunfos de la señorita Matte son un legítimo orgullo para Chile. Ellos atestiguan el vigor de esta raza—de la que alguien ha dicho que pueden salir brillantes escultores, pero no poetas, ni músicos, ni pintores.

Damos hoy estas reproducciones que serán admiradas con gusto por los lectores de INSTANTÁNEAS.



### LA DEL IMPERMEABLE

—Hablar mal del prójimo —decía doña Tomasa—será pecado, pero yo no encuentro nada más agradable en la vida.

Doña Tomasa era la *jueza* de Arriola es decir, la esposa del juez de instrucción de aquel partido. Su tertulia era concurridísima, su conversación buscada; el que

quería saber los defectos leves y graves de toda la gente del pueblo, no tenía más que hablar un cuarto de hora con doña Tomasa. Tenía verbosidad, gracia y mala intención, y muchas veces



Escultura de la Srta. REBECA MATTE B

su palabra había producido torrentes de lágrimas; pero eso no la importaba; ella no inventaba nada, según decía; aunque no era cierto; repetía lo que la contaban, y en último caso sacaba su gran argumento: «que la gente no haga cosas malas y no se contarán.»

Excusado es decir que para ella eran textos sagrados los dichos populares: *Piensa mal y acertarás*; *Cuando el río suena agua lleva*; *No la hagas y no la temas*, y otros de igual filosofía é intención.

Llegó un día al pueblo un teniente de caballería encargado de recoger los quintos de la zona; llevaba la misión además de hacer una visita al juez de parte de su padre, de quien era amigo, y al realizar este paso de cortesía, sólo estaba en casa doña Tomasa. El juez había salido con su hija Luisa de paseo.

Pero la *jueza* no se apuró por encontrarse sola con un desconocido, y empezó á dar pruebas de sus grandes dotes oratorias, pasando revista á toda la gente conocida de Madrid.

Cuando el teniente iba á despedirse, doña Tomasa, que se moría por hablar algo de la localidad, le dijo:

—Si viene usted á vivir á este pueblo, ya verá usted qué chicas tan guapas hay en él.

—Yo me tengo que marchar hoy mismo—contestó el militar—en el tren de las ocho, y probablemente no volveré más en mi vida.

—Pues las hay muy hermosas,—insistió doña Tomasa.

—Sí; en la estación—dijo el teniente,—al llegar esta mañana, había cuatro ó cinco señoritas hermosísimas. Una sobre todo, que llevaba un impermeable muy elegante... porque estaba lloviendo cuando llegó el tren, tenía toda la cara de un ángel.

Y aquí entró doña Tomasa en funciones. La del impermeable no podía ser más que la hija del boticario, porque era la única que lo usaba en el pueblo.

—Es una amiga de mi hija Luisa—dijo misteriosamente;—pero yo estoy haciendo lo posible por que se acaben esas amistades. Esa del impermeable ha estado en Madrid muchas veces, y allí lleva una vida... En fin, no quiero entretenerle á usted contándole cosas, porque no acabaría nunca.

Y al teniente, que por lo visto no le interesaba mucho la historia, cortó la conversación y se despidió, expresando su sentimiento por no poder volver á ver al señor juez, dado lo rápido de su viaje.

Cuando el juez volvió con su hija de paseo, sintió mucho no haber estado presente, por tratarse del hijo de un amigo que estimaba mucho, y lo sintió más Luisa, porque en un pueblo se reciben pocas veces visitas de Madrid y hay pocos militares que ver.

Cuando al anochecer, el teniente con los quintos se hallaba en el andén esperando la llegada del mixto, el jefe de la estación que era hombre de una amabilidad extremada, se acercó á él y le dijo:

—Ahora no está la estación tan alegre como cuando usted llegó. A esta hora no vienen por aquí las chicas que suelen estar por la mañana paseando por el andén.

—Sí, esta mañana—contestó el oficial por hablar algo—había aquí buenas mujeres. Sobre todo una que llevaba un impermeable.

—Esa es la más bonita del pueblo,—exclamó el jefe entusiasmado.

—Sí, pero es lástima que en Madrid siga una conducta tan mala,—replicó el oficial por dársela de bien enterado.

El jefe de la estación abrió los ojos desmesuradamente, quiso contestar algo; pero el pito de la locomotora le cortó la palabra, y dió media vuelta para cumplir sus funciones.

Habría pasado un mes desde el día de la visita del teniente, cuando doña Tomasa empezó á notar que su conversación era menos buscada por el elemento femenino del pueblo; las visitas empezaron á ser menos frecuentes y más ceremoniosas, y hasta Luisita, que nunca había tenido novio, pero que recibía una declaración por semana, dejó de ser obsequiada por los pollos de la localidad y casi desapareció el asedio de sus galanterías. Doña Tomasa, que al principio no dió á esto importancia alguna, redobló sus calumnias contra los que abandonaban su trato, y cada día se le ocurría un chiste más ó menos sangriento contra ellos, sin perdonar por esto al sexo masculino, para cuyos individuos tenía también un repertorio de historias más ó menos verosímiles, pero todas de las que hieren en lo vivo y levantan ampollas.

El desvío general, en tanto, llegó á términos, que al celebrarse en el casino el baile anual que se daba con motivo de las fiestas de la Patrona del pueblo, no fué invitado ni el juez ni la familia.

Doña Tomasa se encorajinó mucho, Luisa lloró como una Magdalena, y el juez se propuso pedir explicaciones á la junta directiva del casino, aunque perdiera la carrera por batirse con todos sus individuos.

No llegó á hacerlo, porque el cura, que había sido condiscípulo del juez y con quien se tuteaba, le llamó á la casa rectoral, y con la franqueza para que le autorizaban su estado, sus años y su amistad, le habló claro: «Al casino no habían sido invitados porque en el pueblo se sabía que cuando Luisa iba á Madrid observaba una conducta poco edificante.»

El juez creyó que le acababa la vida al oír esto.

—Eso es una calumnia—exclamó furioso.—Luisa es un ángel.

—Me lo irás á decir á mí que la confieso—interrumpió el cura;—pero eso se dice y quiero que lo sepas para que lo puedas desmentir.

—¿Pero quién ha inventado eso?

—Pues aquel teniente que vino hace tres meses á recoger los quintos. Se lo dijo al jefe de la estación, y por ahí comenzó el reguero de pólvora que ha prendido en todos los ánimos.

El juez, cuidando de que Luisa no se enterase, refirió á su mujer lo ocurrido. Esta, en el primer momento, quedó como anonadada, y cuando se repuso, empezó á llover maldiciones sobre el teniente, sobre el jefe de la estación y sobre todo el pueblo, para acabar, como siempre, con la más estupenda y más maliciosa de las ideas:

—¡Eso es invención del cura!—gritó.

—¡Pero, mujer!

—Del cura —repitió, —que vive en el pueblo porque yo no he querido contar muchas cosas.

Y dando pábulo á su condición de mal pensada, ensartó una porción de frases mortificantes para el sacerdote, hilvanando hechos que aislados eran inocentes, y juntos, verdaderos delitos. para atribuir á la más refinada malevolencia lo que era un acto de franca amistad y hasta el cumplimiento de un deber de conciencia.

Para doña Tomasa ya no había duda: era el cura el inventor de todo, y en ese tema hubiera seguido muchos días si su marido no hubiera comprobado con habilidad que el jefe de la estación, con efecto, había referido las palabras del teniente.

No hubo más remedio que decidirse á dar el paso más grave: escribirle al teniente preguntándole en qué se había podido fundar para calumniar á la hija del juez de Arriola.

La carta debía ser seca; doña Tomasa quería que se llenase de injurias, pero su marido triunfó en la batalla librada para la redacción del documento, y se redujo á las siguientes palabras :

«Muy señor mío: A vuelta de correo me dirá usted la intención que le ha movido á calumniar á Luisa ante el jefe de la estación de este pueblo, ó quién ha inventado tales infamias si usted habló por referencia.»

Y seguía la firma del juez con los dos apellidos, para que no hubiese duda respecto de la persona de quien se trataba. A los dos días el juez y su esposa esperaron con ansiedad la llegada del correo; los minutos se les hacían siglos; y como todo llega en la tierra, llegó la hora, llegó el cartero y llegó la carta.

Roto el sobre, los ojos del juez y de doña Tomasa se lanzaron con avidez en el pliego. Tenía pocas líneas y decía:

«Muy señor mío: Yo no sé quién es Luisa, pero las palabras que dije con harta ligereza al jefe de la estación, se las había oído horas antes á doña Tomasa.»

—¡A mí!—gritó furiosa la mujer del juez. Esto es una nueva infamia. ¿Cómo había yo de calumniar á mi hija? ¡Ese hombre está loco!

—¿Pero tú qué hablaste con él?—dijo el juez, que sabía por experiencia hasta qué punto era su mujer capaz de toda clase de indiscreciones.

—¿Qué hablé? ¡Qué sé yo! Es decir, me acuerdo que me contó que en la estación había visto á la hija del boticario y que le había gustado mucho, y yo le dije la verdad, lo que todo el mundo sabe: que era una pájara de cuenta.

—¿Pero conocía él á esa muchacha?—replicó el juez temblando.

—Nó, pero me habló de una que llevaba un impermeable, y como en el pueblo no hay otra que lo tenga...

—¡Desgraciada!—gritó el juez furioso.—Dios te ha castigado por tu mala lengua.

—¿Por qué?

—La que llevaba el impermeable aquella mañana era tu hija, que como estrenaba un vestido y empezó á llover, se lo quitó esa á quien tú calumnias tanto, para que se tapara Luisa.

El juez pidió su traslado para otro punto; pero antes que él llegase á tomar posesión del destino, se había repartido la mala fama de Luisa, con el mayor secreto por supuesto, por todas las tertulias del pueblo.

Doña Tomasa ya no habla. Lloro y ve á su hija soltera siempre y resignada al desvío general, sin poder explicarse la causa.



Escultura de la Srta. REBECA MATTE B.

# Del Otoño

## I

Mientras que caen las hojas  
por el viento desprendidas  
sobre el césped ya marchito,  
bajo la marchita encina;  
y mientras que triste llora  
el viento frío en la orilla  
del arroyo que murmura  
su invariable melodía,  
¡pienso yo en mis esperanzas  
y en mis ilusiones idas!

Y surgen en mi memoria  
los recuerdos de otros días  
que se fueron presurosos  
con mis placeres y dichas;  
los recuerdos de otras noches  
de canciones y sonrisas,  
de otras horas de ventura,  
de besos y de caricias:  
¡de los besos de mi amada  
la de las mejillas níveas!

¡Mi amada!... Aun idolatro  
á mi casta virgencita,  
querub que bajó del cielo  
para calmar mi desdicha;  
que me dió todo el cariño  
de su alma pura y sencilla,  
y á quien con anhelo santo  
recuerdo hoy cuando marchitas  
se van las hojas llorando  
sus nostalgias infinitas...

## II

¡Hace ya tiempo!... Feliz,  
con ilusiones de niño,  
alimentó mi alma niña  
aquel cariño bendito;  
y, dichoso, en su regazo  
recliné en tardes de Estío  
mi cabeza acariciada  
por sus trenzas de áureo brillo,  
mientras el aura cantaba  
su canto suave y dormido.

¡Hace tiempo!... Con qué anhelo  
busqué en su pecho un abrigo  
cuando las penas del mundo  
sembraron en mi camino  
desdichas y sinsabores,  
duda, tristeza y hastío.  
¡Ella fué mi único encanto!  
¡Ella mi único delirio!  
¡Por eso hoy en mis pesares  
su santo nombre bendigo!

Allí, bajo aquellas ramas  
que nos vieron desde niños,  
pasaron los días dulces  
de nuestros años floridos;  
como pájaros felices  
que buscan su casto nido,  
allí buscamos nosotros

á nuestras dichas abrigo  
y allí, bajo aquellas ramas,  
¡el primer beso nos dimos!...

## III

Después... un día de Otoño,  
del Otoño pensativo,  
cuando se mueren las flores  
y están muy solos los nidos,  
ella, la pálida diosa  
de mis ensueños de niño,  
bajo la encina marchita  
de nuestros amores nido,  
me dijo quedo, muy quedo,  
un adiós que fué gemido.

—«¡Adiós!... me voy; volveré  
cuando vuelva á hacer su nido  
la golondrina en mi alero  
y me traiga con sus trinos  
las dichas que hoy me arrebató  
el viejo Otoño sombrío;  
vendré con la Primavera,  
cuando hayan rosas y lirios;  
¡adiós! que viene el Invierno,  
¡adiós! que ya siento frío.»

Y se fué... se fué muy triste  
á lo largo del camino;  
crujían las hojas secas  
al roce de su vestido;  
¡estaba muy triste el cielo!  
¡Solos estaban los nidos...!  
Miré con pena las ramas  
de los árboles marchitos,  
y sentí en mi pecho helado  
un hondo inmenso vacío!

## IV

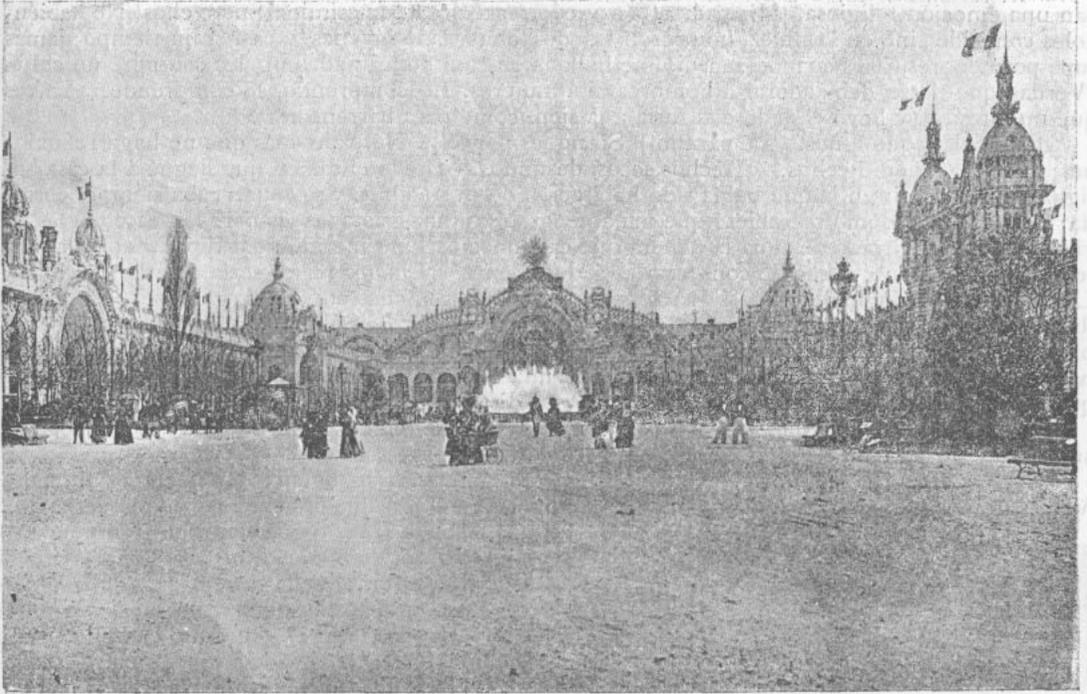
No volvió mi bien amada,  
no volvió la pobrecita!  
el Otoño, viejo, triste,  
con sus fúnebres caricias,  
se la llevó con las hojas  
y con las flores marchitas.  
¡Se fué mi adorada virgen!  
¡Se fué la flor de mi dicha!  
y yo derramé mis lágrimas  
sobre su tumba sombría...

Por eso mientras que caen  
por el viento desprendidas  
símbolo de mis ensueños,  
las tristes hojas marchitas,  
y mientras murmura el cierzo  
sus extrañas melodías,  
siento yo en mi pecho enfermo  
una nostalgia infinita  
¡y pienso en mis esperanzas  
y en mis ilusiones idas!

F. ZAPATA LILLO

## EL ESQUELETO

Al saber Mariano Gormaz como su amigo Carlos Marañón se encontraba recluso en una de esas que por ironía del lenguaje se llaman *casas de salud*, corrió á visitarle, ansioso de ver si cabía esperanza. Regresaba Mariano de un largo viaje al extranjero, y el cariño que profesaba á Carlos se despertó violentamente con las tristes noticias. ¡Loco! ¡loco! Imposible. Sería pasajero achaque, melancolía originada por desengaños amorosos, quebrantos en la hacienda, alguno de esos golpes que momentáneamente pueden ofuscar la razón más clara y firme... Seguro se creía Mariano de que al acercarse al amigo, lograría disipar las nieblas que le obscurecían el cerebro, arre-



EXPOSICIÓN DE PARÍS.—PALACIO DEL AGUA

glar los asuntos origen de su preocupación y traerle de nuevo á la vida de los que andan por el mundo al parecer muy cuerdos,— aunque Dios lo sabe lo que se diría á mirarlo despacio y bien...

Con estos propósitos franqueó Mariano la verja del hotelito, cruzó el jardín, y en una sala alhajada con alarde de buen gusto, que adornaban grabados ingleses representando escenas de *Hamleto* y del *Quijote*— los dos ilustres dementes de la literatura,— encontró al enfermo. Iba á estrecharle en sus brazos; pero Carlos le acogió mostrando la frialdad, la extinción de los afectos que caracteriza cierto período de los trastornos mentales.

Al yerto «Hola Mariano» del loco, respondió el cuerdo con extremos y muestras de ternura y alegría; su terror era que Carlos ni aun le reconociese. Y como si aquel calor derritiese el hielo, empezó Carlos á responder á las demostraciones, á pagar las caricias, y su faz demacrada se animó con ese reflejo de actividad psíquica, que es la hermosa luz de la conciencia.

—Te habrán dicho que estoy de remate — pronunció pasando un brazo alrededor del cuello de Mariano y arrastrándolo á un sofá.—Te habrán contado que .. (y se tocó la sien con el índice). No hagas caso. Ya ves, si estuviese... (y volvió á apoyar el dedo en el mismo sitio) no hablaría con esta serenidad: me exaltaría, gritaría, querría salir, escaparme... Pregunta al doctor, pregunta á los criados, á ver si he tenido un instante de arrebato, á ver si se me han dado duchas, ni se me ha puesto camisa de fuerza, si han enrejado mis ventanas, ni se me ha registrado siquiera... Aquí llevo mi certificado de juicio... Mira.

Diciendo así, echó mano Carlos al bolsillo, y con movimiento rápido desenvainó la reluciente hoja de un cuchillo inglés. Sin querer Mariano se estremeció. A nadie le gusta ver un arma en manos peligrosas. Carlos sonrió tristemente y envainó el cuchillo meneando la cabeza.

—¡También tú!—dijo suspirando.—¿Y qué tiene de particular? Pero no te asustes ¿Quieres que te entregue el cuchillito? Anda, toma... ¿No quieres? Porque deseo que escuches con tranquilidad la historia de mi venida á este agradable retiro, donde tan satisfecho me encuentro.

Sintió Mariano vergüenza. No es grato confesar el miedo, impulso al fin mezquino y bochor-

noso de nuestra naturaleza animal, así como el valor y el desprecio de la muerte afirman con arrogancia la espiritualidad de nuestro sér.

—No sé si me comprenderás... empezó Carlos cuando vió á Mariano dispuesto á oírle.—Hay cosas que por dentro aparecen clarísimas; pero las necias, las mudas, las imperfectas, las palabras, vamos— no las expresan ni en parte ni en todo, y entonces ¡cuánto se sufre! Adiviname, Mariano, cuando no encuentre fórmulas en el lenguaje... Recordarás que hará cosa de año y medio tuve que ir á mis posesiones de la montaña allá en mi país, á fin de arreglar asuntos embrollados que reclamaban mi presencia. Me quedé allí una casa antigua y grande, donde pasaron largas temporadas mi abuelo, mis padres y mi tío y padrino el general Marañón; casa que está llena de rastros y recuerdos de esos seres queridos y respetados por mí supersticiosamente. El tocador de mi madre conserva aún en sus cajones frascos de esencia, cintas, guantes y abanicos rotos; en el escritorio de mi padre encontré cartas amarillentas, borradores, apuntes, pedazos de su vida, que me causaban una emoción religiosa. ¡Mis padres! Yo puedo ser malo, hasta criminal; pero ellos! No habiéndoles conocido sino en la niñez (murieron los dos demasiado jóvenes y casi á un tiempo; jamás supe pormenores, pues cuando sucedió me hallaba en casa de mi padrino), les consagré un culto. ¿Verdad que no se debe adorar á hombres ni á mujeres? Lo comprendo, lo comprendo... Ya ves que no estoy... (y llevó el dedo con furia á la sien, como para barrenearla).

Este culto ¡qué funesto fué para mí! Si no es por él. . . Nó, vale más que no haga reflexiones; que sólo refiera hechos.—¡Hechos secos, desnudos!—Desde el día en que llegué á la casa antigua, quise dormir en la que había sido habitación de mis padres, y se conservaba siempre cerrada; pero el mayordomo me objetó que me amenazaba ruina: grietadas las paredes, carcomidas las vigas, y acaso infiltrada de agua la panera que caía debajo. Esto me indujo á reparar aquella parte del caserón, por el deseo de conservarla piadosamente. ¿Cuánto mejor sería dejarla caer? ¿eh? Las obras, hijo mío, no dan más que disgustos... ¡Cuestan, cuestan caro las obras!... En fin, yo llamé operarios, y ahí me tienes removiendo tablas y escombros. Sólo que, á las primeras de cambio, ¿qué pensarás que descubrí? Una trampa, con argolla de hierro. Debajo de la cama de mis padres.. de la misma cama. Y comunicaba con una escalera, y por ella se bajaba á la panera, ó lo que fuese; al subterráneo maldito... ¿He dicho maldito? Maldito, sí.

Carlos se detuvo, y Mariano, alarmado ya, observó que ligeras gotas de sudor rezumaban en su frente y un poco de espuma asomaba al borde de los labios.

—¿Por qué me miras?—prosiguió Carlos—¡Si aún falta lo bueno! Ya llegamos al final... Verás; ú... Yo quise bajar antes que nadie. ¡Y gracias á esa! Porque la gente es tan mal pensada...



CUADRO DEL SEÑOR RAFAEL CORREA

leto, es decir, un esqueleto humano? ¡Vaya! Y conservaba restos del traje destruído y podrido por la humedad... Aguarda, aguarda... Ya sé lo que vas á preguntarme... ¿Que si era el esqueleto de un aldeano, de un pobre? ¡Quí! ¡Nó, nó, renó! Ya ves qué rareza; qué inverosímil... El esqueleto vestía de paño fino... y hasta encontré un reloj, una sortija...

—¿Y no averiguaste...?—interrogó Mariano con suprema ansiedad.

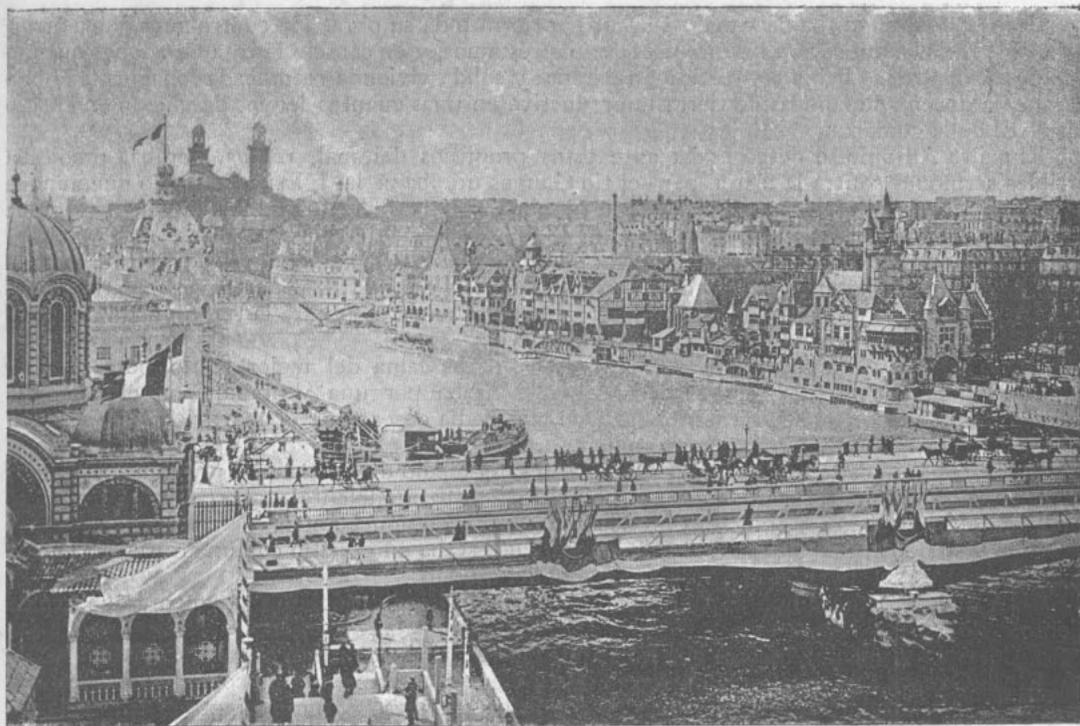
Carlos soltó una carcajada rechinante.

—¡Averiguar! ¡Pobrecito! ¡Tú sí que estás...! Sólo faltaría eso: que me metiese en averiguaciones... ¿Soy tonto? ¿Soy infame? Nadie había visto el esqueleto sino yo. ¡Pues á suprimirlo!... ¡Si vieses cómo llovía y tronaba cuando le enterré en el monte, lejos, lejos, á cuatro leguas de mi casa! Escogí un día de temporal deshecho, para que no me sorprendiesen ni los pastores. ¡Qué remojón! Después tuve una fiebre reumática... pero sin delirio, ¿sabes? sin delirio... ¡Delirar no quería! Quedé muy abatido... Y luego han dado en decir que estoy... (el índice á la sien) y me han traído aquí... No saben que me encuentro divinamente. Como que vivo lejos de los esqueletos andantes, de los hombre... que son todos esqueletos... Sólo siento una cosa (y Carlos hizo pausa y miró fijamente á su amigo). Que se te antojase venir... Porque he charlado, he charlado... ¿y quién sabe si tú serás de los que cuentan las charlas?

Sabe Dios lo que creerían si no me adelanto, de noche, muy provisto de farol, á registrar aquella panera abandonada desde tantos años, y si otros ojos ven antes que los míos el esqueleto, derecho contra la pared, arrimado á la esquina. El esqueleto, allí, allí... ¿Comprendes tú? ¡Pero qué cosas pasan! El esqueleto...

Mientras Carlos repetía la lúgubre palabra, Mariano le miraba como si dudase de la verdad de su narración.

—¿Que he visto visiones? ¡Ay, hijo mío! ¡allí estaba, créelo! ¿Que no tiene nada de particular el hallazgo? ¡Sí ya lo sé! ¿Que en todas las casas de campo se encuentran así... esqueletos? Bien, corriente, admito la teoría... Las teorías deben admitirse... Pero ya ves... *allí!* ¿Que si estoy cierto de que era un esque-



## VISTA GENERAL DEL VIEJO PARÍS

Al expresar esta duda, Carlos deslizó la mano hacia el bolsillo; su rostro se contrajo, sus ojos se inyectaron de sangre y relucieron con salvaje brillo. Y Mariano apenas tuvo tiempo de sujetarle e impedir que le asestase la cuchillada al corazón.

EMILIA PARDO BAZÁN

---

# LA LEY ECONÓMICA

---

El padre Antonio, cura de Villar de Pilletes, no era un pozo de ciencia, pero ya podía figurar sin discensión entre los modelos de virtud que tanto abundan en la Iglesia. Casi había olvidado el latín, y apenas había entendido la teología; pero los principios de moral evangélica estaban tan arraigados en su alma, que si hubiera habido necesidad de sufrir el martirio por confesarlos y mantenerlos, al martirologio hubiese pasado su nombre.

Celoso pastor, ejercía la cura de almas con fe tan ardiente, que los pecados de sus feligreses los sentía como propios, y tenía tan escrupulosa conciencia, que creía tener siempre parte de responsabilidad en el extravío de cualquiera de sus ovejas, acusándose de falta de celo cuando algún alma se perdía.

Se comprenderá cuánto sufriría el padre Antonio en Villar de Pilletes si se dice que hacía cuatro años había vuelto al pueblo un feligrés que después de haber vivido en Madrid muchos años, se instaló en su casa natal para dedicarse al lucrativo negocio de prestar dinero á sus convecinos. Llamábase éste el tío Gangas; sus padres quisieron que estudiase una carrera, al tiempo que como dependiente de una casa de banca en la corte ganaba algo para su sustento; pero el estudiante resultó con poca afición á los libros, y en cambio, las operaciones de la casa en que servía le *tiraban* mucho, por lo cual se desistió de hacerle estudiar profesión alguna. Haciendo giros y sumando columnas de números había logrado algunos ahorros, y con ellos regresó á Villa de Pilletes cuando, muertos sus padres, quedó dueño de una casa hecha con adobes, y de media docena de fanegas de tierra, que parecía traída del Sahara por lo improductiva.

El padre Antonio había conseguido que en Villar de Pilletes no existiese la usura; él daba el ejemplo siempre; cuando un labrador perdía la cosecha, de su granero salía la semilla para que al año siguiente pudiera sembrar el arruinado: si en su granero no había bastante simiente, la pedía al que la tuviera de sobra, y así con mucha caridad y mucho celo había resuelto en su aldea lo que es en todas partes un complejo problema económico.

Pero el tío Gangas había venido á echar por tierra toda su obra. En cuatro años había arruinado ya á varias familias con los intereses de sus préstamos, y en cambio la casa de adobes que heredó de sus padres se había convertido en extensa y sólida vivienda reedificada con inusitado lujo y la media docena de fanegas de tierra improductiva en unas cuantas leguas de viñedo en el sitio más fértil de la comarca.

El padre Antonio se desesperaba ante estos progresos del mal, rezaba, lloraba, predicaba terribles sermones contra la usura, pero el tío Gangas no iba á la Iglesia; de modo que aunque tuviera noticia de ellos, no podían llegarle al alma con la fuerza que llega la palabra sagrada cuando la inspira la unción evangélica.

El tío Gangas no se confesaba tampoco; de modo que no había medio de entrarle; pero el padre Antonio, que estaba resuelto á no consentir aquella calamidad, se decidió á hablarle. «Puede que Dios haga el milagro por mi conducto, y por lo menos yo tendré la tranquilidad de haber cumplido con mi deber.»

El tío Gangas vivía completamente solo y no gozaba fama del mejor genio, pero el padre Antonio estaba resuelto á todo; si el tío Gangas le tiraba por una ventana, como el médico le anunció cuando supo su propósito, mejor. ¿Qué más podía desear que el martirio? Este sería un favor del cielo que no merecía en su humildad.

Con estos ánimos se acercó una mañana, antes del medio día, á casa del prestamista. Estaba cerrada como siempre, y tío Gangas contestó desde dentro «¡adelante!» al «¡alabado sea el Señor!» con que el buen cura indicó su propósito de entrar en aquel antro.

Contra lo que era de suponer, el tío Gangas, que estaba en el patio con un arnero en la mano recibió al padre Antonio con la cara más amable del mundo.

—¿A qué debo tanta honra, padre Antonio? —le dijo indicándole un poyo para que tomase asiento.

—Cosas de mi oficio; deberes que no se pueden rechazar—contestó el cura.

El tío Gangas frunció algo el entrecejo. Este viene á pedirme que no cobre los réditos *esta semana* á algún deudor, pues estás fresco. Y con más confianza ya, tomó asiento al lado del cura y sobre un albardón que había junto al poyo.

—¿Conque deberes que no se pueden rechazar?—repetió en voz alta.

—Sí—contestó el padre Antonio; y abordando la cuestión de frente, añadió:—Desde qué está usted en el pueblo, han caído en la miseria más de una docena de familias.

—¿Desde que estoy yo?—exclamó levantándose el tío Gangas.—¿Pues qué, soy una plaga?...

—Y de las más temibles. La usura es contraria á la caridad cristiana. Por hacer un favor á un hombre se le arruina, se coge toda su fortuna, todo lo que produce. Dios no puede dejar sin castigo al que así obra.

El tío Gangas sonrió primero incrédulamente, luego se puso rojo como una cereza, y con palabras descompuestas echó una verdadera filípica al pobre cura. ¿Quién le había dicho que fuera pecado cobrar por un servicio lo que se comprometiera á pagar el servido? Allí todo era voluntario, y además había una ley económica que el cura, en su grandísima ignorancia, no conocía, y que consistía en que todas las cosas, incluso el dinero, tienen un valor proporcionado á la necesidad de la demanda, y esta ley era, como las leyes físicas, fatal y necesaria.

—Usted no sabe una palabra de *Economía Política* —dijo para terminar el tío Gangas—y yo sí, porque en la casa de banca en que estuve en Madrid no se hablaba de otra cosa. ¿Es que la religión va á ser enemiga de la ciencia?

El padre Antonio se quedó aterrado; ni por un momento se le había podido ocurrir que había una ciencia que tenía entre sus principios algo que pudiera justificar lo que él consideraba una bribonada. Salió de casa del tío Gangas pensativo y triste, y aquella noche se puede asegurar que el padre Antonio no durmió, dando vueltas en su cabeza á las más extrañas ideas.

Pocos meses después, en el pueblo se presentó una epidemia variolosa que no sólo atacaba á los niños, sino que se dieron muchos casos en personas mayores. El tío Gangas fué uno de los primeros atacados; nadie quiso ir á asistirle, porque en el pueblo el contagio causaba terror, y el que no tenía familia ya podía estar seguro de que no se moría solo.

Por el médico supo el padre Antonio la enfermedad del tío Gangas, y acudió solícito á prestarle cuantos auxilios necesitase.

—No tengo quien me dé un vaso de agua,—dijo el enfermo, apenas vió junto á su lecho al buen sacerdote.

—Yo buscaré quien le cuide,—respondió el cura; y le ofreció la asistencia de su sobrino, chico listo que había pasado las viruelas el año anterior en Madrid, donde estudiaba la carrera de Medicina, y que además no tenía miedo á nada ni á nadie en este mundo.

El tío Gangas no sabía cómo expresar su gratitud, y ofreció para cuando se pusiera bueno yo no sé cuántas misas y novenas.

El padre Antonio se despidió para enviar en seguida al estudiante, pero antes aprovechó la ocasión para decir:

—¿Sabe usted que desde nuestra última entrevista he estudiado eso de la economía política? También mi sobrino sabe mucho de eso.

El tío Gangas entendió que estas palabras aprobaban su conducta, y dió un suspiro de satisfacción.

A los pocos momentos el sobrino del cura, debidamente aleccionado por éste, se hallaba instalado junto á la cabecera del enfermo, que comenzaba á sentir los efectos de la fiebre en la sequedad de la boca.

—Agua,—dijo con acento imperioso al enfermero.

—Voy—contestó el muchacho;—pero un vaso le cuesta á usted cinco mil pesetas.

—¡Qué dices!—gritó incorporándose en el lecho.

—Que cuesta cinco mil pesetas.

—¡Ladrón!—exclamó el tío Gangas.—¡Ladrón! Ya vendrá tu tío por aquí y te matará en cuanto sepa que vienes á robarme; entre tanto, aunque me muera, yo iré por el agua.

En esto trató de ponerse en pie, pero las fuerzas no le permitieron incorporarse y cayó pesadamente sobre la almohada, repitiendo la palabra ladrón mil veces.

El sobrino del cura, aprovechando un momento en que el tío Gangas cesó en sus insultos, empezó á razonar con el mayor sosiego su conducta:

—El precio de las cosas está en relación con la necesidad de la demanda. Nadie se atreve á acercarse á esa cama más que yo; sin mí no tendría usted agua aunque pagase millones; de manera que me debe usted dar las gracias, porque al fin y al cabo hago el servicio por un precio relativamente barato.

—¡Agua!—repitió el tío Gangas con voz ronca.

—Cinco mil pesetas—contestó imperturbable el sobrino.

—Primero me muero, asesino—vociferó el enfermo.

Y así pasaron algunas horas, hasta que llegó el médico para hacer la cotidiana visita. El tío Gangas contó en el acto el robo de que querían hacerle víctima, y quiso que el propio galeno diera parte al alcalde; pero el médico, que andaba también en el plan del cura, contestó que no se podía poner tasa al trabajo peligroso de aquel joven, y que, además, ni el alcalde ni nadie se atreverían á entrar en aquella habitación. Dispuso el tratamiento y salió sin hacer caso de las vociferaciones del tío Gangas.

La sed del enfermo á todo esto era atroz, y ya casi se sentía capaz de dar el dinero por el agua; pero antes quería regatearlo, rebajar lo posible la cantidad.

—Dame agua—gritó otra vez.

—Ahora un vaso de ese purísimo líquido vale diez mil pesetas.

—¡Diez mil! ¡Ladrón! ¡ladrón! ¿No habías dicho cinco mil antes?

—Sí, señor, esta mañana valía eso, pero ahora la necesidad de usted es mayor que hace cuatro horas; el agua vale doble. Es la ley económica, tal como usted lo entiende cuando presta dinero, y á ella me atengo.

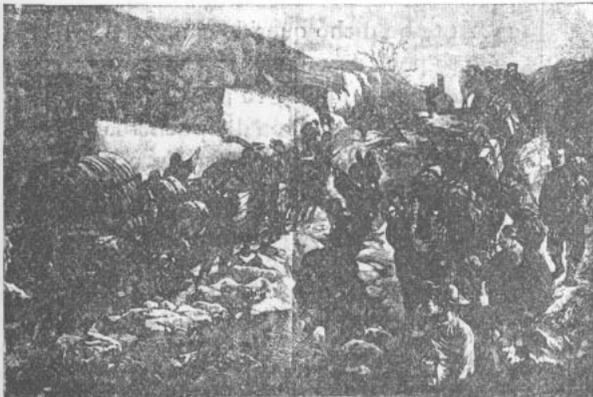
El tío Gangas comenzó á dar bramidos como una fiera, mezclados de las más horribles injurias contra el sobrino del cura, contra el cura mismo, contra la humanidad entera, que le dejaba allí solo al lado de aquel asesino que iba á quitarle la vida de manera más cierta que la enfermedad misma.

Y á todo esto el tiempo transcurría, la sed aumentaba, en la boca sentía fuego, no podía resistir un momento más, ardía si no le mojaban el paladar, y el enfermero seguía impávido doblando la cantidad á cada hora, hasta que el tío Gangas, loco, desesperado, ofreció todo lo que se quisiera por el agua. En ese momento el sobrino del cura había tasado en veinte mil pesetas el vaso. De debajo de la almohada sacó el tío Gangas un cofrecito de hierro, y con verdadero frenesí contó veinte billetes de mil pesetas cada uno, que entregó á cambio de un cuartillo del líquido apetecido.

El enfermo experimentó un verdadero consuelo en este instante, y aprovechó un pequeño período de reposo físico para lanzar las más horribles maldiciones sobre el muchacho y amenazarlo con una porción de años de presidio para cuando pudiera salir á la calle. Abreviando, aquellas



Almacén del Ejército Chino



Retirada de los Chinos de Pekín

escenas se repitieron durante nueve días. El cura iba todas las tardes á recoger las cantidades que su sobrino cobraba por cada vaso de agua, por cada medicamento que aproximaba á la boca del tío Gangas, pero guardándose de entrar en la alcoba del paciente.

Por fin el médico anunció que el enfermo no necesitaba cuidados de nadie, y que aunque la convalecencia sería larga, ya no había peligro alguno para su vida.

Entonces fué el cura á verle por primera vez; el tío Gangas le saludó con un chaparrón de injurias de las más soeces de su vocabulario.

—Calma—replicó sin alterarse el padre Antonio.—Aquí no tenía usted más que morir ó pagar al enfermero, porque el miedo ha alejado de aquí á todo el mundo. La vida bien vale todo este dinero, y le mostró el fajo de billetes ganado por su sobrino. No cabe duda que se ha cumplido la ley de la proporción entre el precio de la cosa y su necesidad.

—Pero, ¿y la caridad, grandísimos canallas?—exclamó el tío Gangas.

—¡Ah! ¡Se acuerda usted ahora de la caridad! Para eso he ideado este plan. Acuérdesen en lo sucesivo de ella, que está por cima de todas las leyes económicas.

Y arrojando el dinero sobre el lecho, salió seguido de su sobrino, y dando gracias á Dios por haber logrado que echara de menos la primera de las virtudes cristianas un hombre de tan duro corazón.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

---

## ENTRE ENEMIGOS

---

Trabajaba la otra noche escribiendo crónicas para un periódico extranjero. La tenue luz de la lámpara iluminaba muy vagamente la habitación, y mi pequeño gato blanco dormitaba sobre mis rodillas.

Con la pluma en la mano, oyendo el confuso rumor que venía de fuera, trataba en vano de recordar la fecha y los detalles de un suceso reciente, cuando de improviso sentí que el gato se enderezaba, arqueando el espinazo, las orejas tendidas hacia adelante..... De un salto quedé sobre el suelo en actitud de ataque.

Al volverme, ví sobre el fondo claro de la pared una enorme mancha negra que bajaba despacio. Era una araña de cuerpo repugnante y largas patas membranosas. El gato, con la cola en tensión, encrespado y con los pelos de punta, gruñía por lo bajo sordamente, los grises ojos como dos relámpagos. Levantó la garra nerviosa, próxima á desgarrar. La araña se detuvo un segundo, se apelotonó formando una horrible masa negruzca, y después, recobrando su figura natural, continuó su camino, pausadamente.

En vano esperé el zarpazo que destruyera la fea alimaña: la garra levantada se quedó inmóvil, el espinazo recobró su posición horizontal y la piel erizada su tersura de armiño.

Y mientras el pequeño gato blanco saltaba de nuevo sobre mis rodillas, no pude menos que pensar:

Todos los animales se respetan. Sólo el hombre no respeta al hombre!

---

### DESENGAÑO

Es la noche sombría en que da espanto  
la triste soledad del camposanto.  
Solo turba la calma silenciosa  
el viento helado que en los sauces zumba.  
Se levanta la losa de una tumba  
empujada por fuerza misteriosa,  
y asoma una cabeza descarnada  
que esparce por las bóvedas sombrías  
la profunda mirada  
de sus enormes órbitas vacías.  
Ve después en la losa  
esta breve inscripción casi borrada:  
«A Fulano de tal, su amante esposa,»  
sin lámparas, sin flores y sin nada.  
Crujen los blancos huesos de amargura,  
y se vuelve á ocultar como ha salido,  
murmurando al hundirse en la negrura:  
—¡Ya me lo figuraba! No ha venido.

SINESIO DELGADO

---

### AL PERRO

Ya te he dicho querido compañero,  
que so pena de un lapo soberano,  
no volverás á hundir tu blanca mano  
en la bullente espuma del puchero.

¡Lárgate de mi casa marrullero,  
á la amistad renuncia de un alano  
que es almacén de pulgas en verano  
y en la estación lluviosa estercolero.

Lárgate de mi casa; nada pierdes,  
pues ya te nombrarán las gentes sabias  
que con halagos pérfidos embobas:

compañero del hombre .. porque muerdes;  
defensor de su vida... porque rabias,  
y guardián de su hacienda... porque robas.

MARIANO ORDÓÑEZ

Yo conozco á don Bartolo,  
que era antes Bartolomé  
y, economizando el *me*  
es hoy don Bartolo solo.

Este extraño personaje  
tiene una extraña manía:  
sólo habla de economía  
y en ella es hasta salvaje.

De las ya viejas enaguas  
de Tomasa, su mujer,  
hace que le hagan hacer  
pañales para sus guaguas.

De éstos suele fabricar  
servilletas y pañuelos  
zurciéndole los hoyuelos  
ó haciéndolos remendar.

¿Comprar medias? ¡Qué locura!  
Cuando de una camiseta  
que al hombro no se sujeta  
se hacen con una costura.

¿Andar con sombrero en casa?  
No señor, le basta un gorro  
fabricado con el forro  
de un refajo de Tomasa.

Con la ropa que él ya deja,  
ó que ella le deja á él,  
viste á Juan, Diego y Manuel  
y aun no se pone vieja.

Pues cuando va un pordiosero  
su caridad á implorar,  
dicen que le suele dar  
los deshechos del postrero.

O como suelen decir  
esos mismos limosneros:  
da sólo los agujeros  
con restos de casimir.

De cuero de sus zapatos,  
cuando aun hay donde clavar,  
suecos suele fabricar  
que le salen muy baratos.

Casi un idólatra es  
de las antiguas costumbres  
y come sólo legumbres  
y al día sólo una vez.

Si alguna vez sale á luz  
y ve al barrigón don Pablo  
cual si fuera el mismo diablo  
se vuelve y le hace la cruz.

No es como él tan cicatera  
su muy querida Tomasa,  
pues le ha metido en la casa  
de chicos una chorrera.

Su primogénita, Leona,  
soltera que anda en cuarenta,  
al verla no representa  
ni los quince que pregoná.

Pues aunque las piernas tiene  
tal vez gruesas demasiado  
el vestido no ha bajado.  
pues dice él que no conviene.

Y este viejo *sin embargo*  
dicen que es rico y que Leona  
no morirá solterona  
ni sin vestirse de largo.

I. EGOWA

13 de Agosto de 1900

## SOLEDAD

Amo la soledad, porque ella me hace pensar en lo infinito y me trae las brisas de un lejano país de ensueños y quimeras; porque me hace sentir hondamente la tracción de la nada y sumerge mi espíritu en una somnolencia indecisa en que cruzan por mi memoria los recuerdos de mi pasado y las visiones de mi porvenir. Amo la soledad del campo, porque en el sagrado templo de la naturaleza siento en mi alma un florecimiento de ilusiones y que huyen de mi cerebro las desesperantes teorías de este siglo pesimista; pero sobre todo eso, amo el silencio del bosque ó la soledad de mi cuarto, porque hasta ahí no llega el rumor de la ola humana, el ruido del mundo, el sordo murmullo de miserias y pasiones agitadas con que se representa á diario el sainete de la vida.

# GABRIEL D'ANNUNZIO

Gabriel d'Annunzio es un loco. En París fué silbada su última obra. Sarah Bernhardt, creadora del prodigio, lloró de cólera. Era *Blanca Maria* en la *Villa Muerta*; personaje de una visionaria grandeza que hizo reír al público parisiense.

D'Annunzio es un arcángel maldito en el cielo del arte. Quizá sea precipitado por soberbio.

Sus páginas semejan láminas eléctricas por donde cruzan como relámpagos fugaces las más extrañas visiones, las imágenes más singulares. Es Padre del símbolo moderno, creador de un ritmo portentoso, de una poesía fúnebre... jardinero que obsequia con una vaga sonrisa, las rosas de la Muerte.

Su estilo es maravilloso: un florecimiento de vocablos vibrantes, de frases harmónicas, de párrafos que dejan un eco de clarines de oro. Me sorprende que Rubén Darío no lo colocara entre sus *Raros*; porque d'Annunzio, con la locura de genio, con la belleza física y moral de sus treinta y seis años, con las excentricidades de su vida, con la gloria de su nombre, es el más raro de los grandes escritores contemporáneos.

## MI CUMPLEAÑOS

Todos los que me conocen  
y me calculan la edad  
me echan sólo veintinueve,  
mas no dan en la verdad.

El veinticinco de agosto  
voy á cumplir los cuarenta;  
pues, si no recuerdo mal,  
yo nací el año sesenta.

Y como el día se acerca  
estoy en hondos apuros,  
pues tengo que *celebrarme*  
y apenas tengo diez duros.

¿Con qué comprar el *champagne*,  
los pavos y las gallinas,  
el *Panquehue* y el *San Pedro*  
y las demás golosinas?

Desde hace dos años debo  
á *Simpson y Compañía*  
los gastillos de la fiesta  
que me cobran todavía.

A *Alonso* debo un colero,  
flores al *Jardín Central*,  
á *M. Ramos* la orquesta  
y un terno á *Pedro Pascnal*.

Y aquí me tienen ustedes  
puesto en un grave embarazo  
sin hallar una persona  
á quien pegarle un sablazo.

Ante lo que pasa hoy día  
¿quién no se queja, señores,  
y con indignado acento  
no exclama: *O tempora ó mores?*

Antes regalar solían  
una torta ó un jamón  
y hoy todos dan, cuando mucho,  
un pedazo de cartón.

Y en cambio prepare usted  
almuerzo, comida y cena...  
De sólo pensar en esto  
me confundo, me da pena.

Los celebrados son ellos,  
pues yo lo único que hago  
es sobarme la barriga  
en el momento del pago.

Ellos, al irse repletos,  
de su hidalguía con mengua,  
no es raro que se retiren  
sacando tal vez la lengua.

Tengo envidia á un mi vecino,  
el doctor Hiposulfito,  
(yo no sé si así se escribe  
pues nunca lo he visto escrito).

El cual, si alguien le pregunta:  
—¿Cuándo es su día, doctor?  
contesta invariablemente:  
—Pasó hace tiempo, señor.

Mas los santos conocidos  
no se pueden ocultar,  
y, que quieras que no quieras,  
se tienen que celebrar.

San Itchemach, está visto  
no es santo común por cierto,  
y sin embargo no sé  
cómo me lo han descubierto.

No llaméis á vuestros hijos  
Itchemach, Juan ó María,  
porque os han de maldecir  
cuando les llegue su día.

Llamadlos mejor Cloruro,  
Cartulina ó Manganeso,  
y los haréis más felices  
y os bendecirán por eso.

Si yo me hubiese llamado,  
pongo por caso, Cateto,  
no estaría á estas horas  
en tan espantoso aprieto.

# LA CANCIÓN DE LAS ROSAS

## FLORES, MUJERES Y PÁJAROS

La rosa blanca es símbolo de ensueño: flor gallarda, de cáliz cándido y aroma ardiente que en el vasto jardín maravilloso sobresale por su color anémico, por sus pétalos de seda, por la hoja verde en forma de corazón en que se reclina, como desmayada. Su imagen me recuerda el seno de una virgen, su cuello lánguido, sus manos de marfil: el airón de brumas boreales, las alas del cisne, las plumas de la paloma eucarística... En los jarrones de cristal de Bohemia, en los vasos de colores, se marchitan esas pobres rosas de nieve, sin sol y sin savia, como las doncellas sin amor.

\* \* \* \*

Sobre un corpiño de seda amarilla, casi pálida, brillan armoniosas las rosas de oro, y á su encanto se vienen á la mente los rubios triguales, las nubes del ocaso en las tardes de invierno, la visión de la riqueza, de los palacios dorados y los blasones relucientes: las hojas de los árboles otoñales, el plumaje de los canarios, las cabelleras blondas de las mujeres de ojos azules.

\* \* \* \*

Salve á ti, rosa de sangre, de perfume vago y delicioso, de pétalos bermejos como labios femeninos encendidos de pasión, de tallo erguido gloriosamente á las caricias de un cálido céfiro: rosa de los climas de fuego que evocas las visiones de un lejano incendio, de un insomnio erótico, de la agonía del sol, de una aurora magnífica; y que me haces soñar con las amapolas que crecen en los campos de batalla, con los rojos crepúsculos, con la muerte del suicida, con una blanca mujer degollada... en el tálamo fúnebre de la bella Desdémona.

---

## ANTÍTESIS

---

Oh anciano venerable de veinte años! Tú eres la suprema antítesis de aquel gallardo joven que sesenta veces vió caer las hojas otoñales y cubrirse de verdes tallos los arbustos de la praderal... Tienes la cabellera negra y sedosa, la piel fresca y el cuerpo vibrante de juventud; pero en el fondo de tus ojos se ve el cansancio de la vida, el hastío profundo, la ancianidad del alma... Inclínate ante la cabeza cana, las anchurosas arrugas y el tardo paso de ese veterano decrepito: que él ha de inclinarse después, respetuoso ante tu espíritu prematuramente envejecido por las dudas y combate de todo un siglo!

---

## CAMBIO REPENTINO

---

No hay un hombre más feo que Amadeo;  
¡Hasta su misma madre lo halla feo!  
Ni una mujer le ha puesto buena cara;  
Pero ayer en la Plaza ¡cosa rara!  
Diez y ocho niñas todas muy hermosas  
Le iban diciendo frases amorosas.  
¿Qué originó este cambio tan extraño?  
—Un terno de vestón de muy buen paño  
Que don **Pedro Pascual** le hizo en un rato  
Y exigiéndole un precio muy barato.

ESTADO, 25  
SASTRERIA PARISIENSE

## Simpson y Ca.

El Almacén predilecto de las Familias

Almacén de Té y Provisiones

Estado esq. de Agustinas - SANTIAGO - Teléfono Inglés, 302

Casilla 6, Teléfono Nacional 140

— T É —

El surtido más grande en Santiago. Gran surtido de conservas inglesas, francesas, alemanas é italianas. Porcelanas, cristales, plaqués, quincallería, cuchillería y artículos enlazados.



El artículo más grande en tamaño. Gran artículo de con-  
 IMPRENTA BARCELONA, Moneda 807 á 843  
 BARRERIA PARISIENSE